

CONTRIBUCIONES DE SANDOR FERENCZI PARA COMPRENDER LOS EFECTOS DE LA VIOLENCIA SEXUAL PSÍQUICA¹

Anna Paula Njaime Mendes²
Cassandra Pereira França³

RESUMEN

El artículo presenta los efectos de la violencia sexual en la infancia desde la perspectiva de Sandor Ferenczi (1873-1933), psicoanalista de la primera generación de discípulos de Freud, quien dio gran importancia al trauma sexual y el papel del adulto en la constitución del psiquismo de los niños. Surgidas de los problemas clínicos que enfrentó, sus contribuciones permiten vislumbrar la riqueza de su escucha analítica, posibilidad que facilitó la percepción de la sutileza de los movimientos psíquicos, marcados, en estos casos por la acción de la escisión. Por lo tanto, a partir de uno de los artículos más importantes de este autor, publicado en 1933, “Confusión de lenguas entre los adultos y los niños”, vamos a seguir las elaboraciones teóricas que culminaron en la descripción de los dos destinos de la escisión psíquica: la identificación con el agresor y la progresión traumática o prematuridad.

Palabras claves: Sandor Ferenczi; violencia sexual infantil; fragmentación.

ABSTRACT

This article presents theoretical study that shows the effects of sexual violence during childhood according to Sándor Ferenczi ((1873-1933) - psychoanalyst of the Freud’s first generation disciples - that gave a great importance to the sexual trauma and to the role of an adult in building the infantile psychism. Originated from the clinical impasses he had faced, his contributions allowed us to guess the richness of his analytical listening, which has made the psychic movement subtleties easier to be noticed, marked in these cases by splitting actions. This way, privileging one of the most important articles by this same author, published in 1933, “Confusion of Tongues between Adults and the Child”, we will follow the theoretical elaborations that led to the description of two psychic splitting destinations: identification with the aggressor and the traumatic progression or precocious maturity, ferenczian theoretical contributions to be used for a clinical reflexion.

Keywords: Sándor Ferenczi; infantile sexual violence; splitting.

El presente trabajo consiste es un estudio teórico sobre los efectos del abuso sexual en la infancia desde la perspectiva de Sandor Ferenczi, autor que le dio gran importancia al trauma sexual y el papel de los adultos en la constitución del psiquismo infantil. Con el objetivo de reflexionar clínicamente sobre las consecuencias de la violencia sexual en la infancia, serán analizadas algunas de sus contribuciones originadas en la clínica de pacientes adultos que habían sufrido abuso sexual en la infancia. Para lograr este objetivo, analizaremos principalmente el artículo ferencziano escrito en 1932 y publicado en 1933, llamado “Confusión de lengua entre los adultos y los niños”, a través del cual nos proponemos seguir las elaboraciones teóricas que culminaron con la descripción de

1.- Apoyo: FAPEMIG.

2.- Master en Psicología de la Universidade Federal de Minas Gerais (2011), Brasil.

3.- Doctora en Psicología de la Pontificia Universidade Católica de São Paulo (2000); pós-doctorado de la Pontificia Universidade Católica de São Paulo (2009); profesora asociada en la Universidade Federal de Minas Gerais, Brasil.

dos destinos para la escisión psíquica: la identificación con el agresor y la progresión traumática o precocidad.

Considerando que el estudio de estos dos conceptos está íntimamente ligado a la trayectoria clínica de Ferenczi, consideramos oportuno revisarlos sucintamente -basándonos en los escritos de Balint, uno de sus principales discípulos- con el fin de localizar la inserción de estos conceptos en su trabajo y en el contexto clínico. Por lo tanto, antes de enfocar nuestra atención en las teorías específicas del referido artículo, haremos una breve apreciación de los textos compilados en el volumen IV de sus “Obras Completas” (2011), refiriéndose al tema del trauma y la escisión psíquica.

UNA BREVE EXPOSICIÓN SOBRE EL DESARROLLO CLÍNICO DE SANDOR FERENCZI

Aunque contemporáneo de Freud (1856-1939), el psiquiatra húngaro Sandor Ferenczi (1873- 1933) sólo llegó a conocer a su futuro maestro, analista, y amigo en 1908, después de una lectura entusiasta de “La interpretación de los sueños” (1900). Demostrando una gran capacidad de comprensión de la teoría psicoanalítica y, al mismo tiempo, libertad de pensamiento para introducir nuevos conceptos, Ferenczi escribió su primer artículo, “Transferencia e introyección” en 1909. Desde entonces, una fuerte presencia en el movimiento psicoanalítico y una gran capacidad para manejar, con diplomacia, asuntos conflictivos, lo llevaron a fundar la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA). De hecho, su originalidad y su talento clínico fueron cualidades que llevaron a Freud a tenerlo en gran estima, llamándolo su “paladín” o “gran visir secreto” (Bokanowski, 2000). Sin embargo, más adelante la audacia intelectual de Ferenczi le permitió profundizar temas que se habían convertido en un problema para Freud. Irrespetando la petición del maestro de no revelar sus hallazgos en la concreción de la seducción, presentó el artículo que nos guiará en este trabajo, “Confusión de lengua entre los adultos y los niños” (1933 [1932]).

A pesar de que sus contribuciones innovadoras habían influido en grandes teóricos, como Melanie Klein, Donald Winnicott y Michael Balint, ello no impidió que cayeran en el olvido debido al rechazo de sus colegas a sus experiencias clínicas. Para acompañar mejor su trabajo y los percances que le condenaron en el medio psicoanalítico examinaremos más detenidamente el desarrollo de su producción.

El desarrollo del autor que ahora estudiamos fue dividido por Balint (1967/2011) en tres fases, marcadas entre sí por importantes variaciones técnicas y teóricas. La primera y más larga de estas fases (1908-1927) Ferenczi se abocó al estudio en profundidad de la técnica psicoanalítica clásica, que se caracterizaba por la objetividad, la neutralidad y la paciencia ilimitada, y también comenzó su transición hacia su polémica técnica activa, basada en intervenciones directas, guiadas por una cuidadosa observación de la transferencia. A pesar de los éxitos terapéuticos y el rico material clínico resultante de la aplicación de esta nueva técnica, Ferenczi tuvo que admitir que ciertos pacientes no se habían beneficiado de ella.

Teniendo como principio rector fundamental de su práctica clínica, el que mientras un paciente deseara continuar con el tratamiento sería el analista quien debería encontrar una manera de ayudarlo, independientemente de las dificultades de esta tarea, el fracaso de la técnica activa en algunos casos representaba una “provocación irresistible” (Balint, 1967/2011). La búsqueda del perfeccionamiento marcó el período siguiente (1927-1928) y llevó a Ferenczi a modificar sus intervenciones en el sentido de centrar la atención en las expectativas del paciente en relación con el analista, quien debería flexibilizarse al máximo. Los textos resultantes de esta etapa - “La adaptación de la familia al niño “ (1928 [1927] / 2011), “El problema del fin del análisis” (1928 [1927] / 2011) y “Elasticidad de la técnica psicoanalítica” (1928 [1927 -1928] / 2011) - muestran que Ferenczi inicialmente atenuó la fuerza de sus intervenciones y, en lugar de dar órdenes y prohibiciones como en la técnica activa, optó por entregar consejos y sugerencias. Más tarde, abandonaría también por completo, cualquier forma por leve que fuese de intervención, y fue lo suficientemente valiente como para admitir y publicar que el aumento de la tensión causado por su técnica activa llevaba a muchos de sus pacientes a una especie de reactivación infructuosa de las experiencias traumáticas de la infancia.

De hecho, el retorno insistente de los traumas psíquicos durante las sesiones fue convirtiéndose, gradualmente, en un problema central para Ferenczi, en su opinión, el trauma psíquico resultaba no sólo de un evento traumático en sí, sino también de la reacción de los adultos y de su indiferencia ante el sufrimiento del niño. Así que Ferenczi llegó a la conclusión de que algunas de las reglas fundamentales de la técnica psicoanalítica tradicional, como la abstinencia y la neutralidad del analista, podría ser, en muchos casos, iatrogénica (Kupermann, 2008). En otras

palabras, “la técnica analítica clásica podía, en algunos casos, producir estados similares [trauma], en la medida en que llevaba al paciente a recordar o repetir el trauma original, en tanto el analista mantenía su pasividad benevolente y objetiva”. (Balint, 1967/2011, p. XXI).

En el tercer período (1928-1933), una significativa caída en su producción científica parecía indicar una crisis intelectual. De hecho, la historia del movimiento psicoanalítico refiere un creciente malestar y alienación entre Ferenczi y la sociedad psicoanalítica (Balint, 1967/2011). Inseguro, quizás, de la acogida que recibieron sus textos, no fueron publicados. De hecho, sus principales artículos de ese período sólo fueron traducidos al inglés más de veinte años después de su muerte, y sólo después de más de treinta años sus obras completas fueron publicadas en francés. En Brasil, la primera edición salió incluso más tarde, en 1991 y 1992. Agotada hace algún tiempo, acaba de ser relanzada este año (2011), sin repercusiones importantes en la comunidad psicoanalítica.

A pesar de la escasa producción -sólo un artículo cada año- el tercer período se caracterizó por importantes avances teóricos sobre el trauma psíquico, las nociones de desmentida y la fragmentación psíquica (“El niño mal recibido y su pulsión de muerte” (1929/2011), “El principio de la relajación y neocatarsis” (1930 [1929]/2011), “Análisis de niños con adultos” (1931/2011) y “Confusión de lengua entre los adultos y los niños” (1933 [1932] / 2011)). Los resultados técnicos y clínicos obtenidos en esta fase reflejan la solución encontrada por Ferenczi para fijar los límites de la tolerancia y la complacencia con la que el analista debe tratar a su paciente: tal como un adulto afectuoso trataría a un niño. En ese sentido, sostuvo que si las interpretaciones resultaban inútiles, el analista, en una actitud de acogida frente al sufrimiento del paciente, podía recurrir al afecto sincero y la bondad. Años más tarde, Balint, uno de sus principales discípulos, se pregunta si la inclusión de estas experiencias afectivas en el encuadre analítico serían legítimas o expresarían “¿...solamente un síntoma del abrumador deseo de amor y afecto que Ferenczi tenía dentro de sí?” (Balint, 1967/2011, p. XXIII)⁴.

El alejamiento general provocado por estas novedades ferenczianas parece haber sido la razón principal de que su extensa obra (compilado en cuatro volúmenes de “Las Obras Completas”) terminara siendo relegada a un segundo plano durante tanto tiempo. Así que, aunque conscientes de las críticas, hemos definido las elaboraciones ferenczianas frecuentemente retomadas en las investigaciones sobre violencia sexual infantil, porque señalan algunos destinos psíquicos para el niño y muestran los desafíos que enfrenta el analista en estos casos.

CONFUSION DE LENGUAS ENTRE LOS ADULTOS Y LOS NIÑOS.

Los primeros contactos con los escritos de Ferenczi ya nos permiten darnos cuenta de que su sensibilidad clínica es el punto de atracción más fuerte de su obra. Los que trabajamos con el tema del abuso sexual infantil, luego nos involucramos con una descripción sobre los efectos de esta experiencia en la psique infantil y la dificultad para recuperar la confianza en los adultos, lo que trae consecuencias directas para el manejo de la transferencia en el proceso analítico.

Ecos significativos entre sus observaciones y nuestra práctica clínica nos han llevado a considerar las críticas de algunos autores que consideran el enfoque de trauma sexual en el texto “Confusión de lengua entre los adultos y los niños”, como la reanudación ingenua de la teoría de la seducción de Freud (Pinheiro, 1995). De hecho, entendemos exactamente lo contrario: que la gran contribución de la cual podríamos obtener una ventaja efectiva se encuentra en las elaboraciones de Ferenczi sobre el trauma. Después de todo, al centrarse en los efectos de la sexualidad de los adultos sobre los niños, él termina dimensionando adecuadamente la importancia que tiene el papel del otro en la constitución del psiquismo infantil - oportunidad perdida por Freud al abandonar su primera teoría de la seducción⁵.

4.- Por otra parte, Figueiredo (2003) llegó a conclusiones importantes para la teoría de la técnica psicoanalítica a partir de los ensayos clínicos de Ferenczi, y señaló que antes que las manifestaciones de clivaje, especialmente presentes en los pacientes fronterizos, la interpretación debe tener el (...) propósito fundamental del reconocimiento (en espejo) de la parte escindida de su experiencia hasta ahora invalidada “(p. 32).

5.- Debemos reconocer que tanto Freud como Ferenczi se apegaron a los extremos de la seducción, como si necesitara ser, necesariamente, el mito o verdad. Este punto fue abordado por Jean Laplanche, quien considera el artículo de Ferenczi acerca de la confusión de lengua como un prefacio a su teoría de la seducción generalizada, que avanzó justamente por considerar el mito y la realidad de la seducción y la realidad, el desarrollo de la relación entre la seducción y las formas en que la sexualidad viene al niño.

Más allá de esta disputa psicoanalítica, los estudios de Ferenczi sobre el trauma resultante de la seducción nos ayudan a entender los efectos psicológicos de la violencia sexual en los niños. También en esta dirección, Cromberg (2004) destaca como un gran mérito de Ferenczi el hecho de haber conseguido reposicionar en la teoría psicoanalítica “la comprensión de los efectos psicológicos del sufrimiento causado por incestos efectivamente ocurridos” (p.38), tratando de llamar la atención sobre la hecho de que el conocimiento psicoanalítico sobre las vicisitudes del Edipo en el niño no debería excluir el reconocimiento de la realidad de la violencia homo o heterosexual, a menudo dentro de la familia. De hecho, el tono de los relatos de Ferenczi sobre el perfil de los abusadores adultos y el insospechado contexto de violencia sexual infantil se manifiestan plenamente coherente con las investigaciones actuales, que informan que el 75% de las víctimas conocen a sus atacantes, de los cuales casi la mitad pertenece al círculo familiar del niño (Fuks, 2006). Por lo tanto, si no tuviésemos acceso a la fuente de la siguiente cita, podríamos compararla con el retrato de la cruel realidad que surgió en nuestro país, especialmente después de la promulgación del Estatuto del Niño y del Adolescente en 1990: Incluso los niños que pertenecen a familias respetables y de tradición puritana son, con más frecuencia de lo que se osaría pensar, las víctimas de la violencia y la violación. Son ahora los propios padres quienes buscan un sustituto para su insatisfacción de esta forma patológica, siendo personas de su confianza, miembros de la misma familia (tíos, tías, abuelos), preceptores o el personal doméstico los que abusan de la ignorancia y de la inocencia de los niños. (Ferenczi, 1933 [1932] / 2011, p. 116).

Estas y otras declaraciones confirman la gran importancia histórica del último artículo de Ferenczi. Escrita en 1932 para el XII Congreso Internacional de Wiesbaden, “Las pasiones de los adultos y su influencia en el desarrollo del carácter y la sexualidad de los niños”, fue publicado en 1933, el año de su muerte, con un nuevo título, “Confusión de lenguas entre los adultos y el niño (El lenguaje de la ternura y la pasión)”.

En esa época Ferenczi arriesgó su reputación en el medio psicoanalítico -ya desgastado debido a sus extravagancias técnicas- para sostener categóricamente, algo que ya había sido presentado en otros trabajos: un retorno a la primacía de lo traumático. Después de todo, según su experiencia, el trauma no era sólo el resultado de una hipersensibilidad constitucional del niño, sino una consecuencia del choque entre la ternura del niño y las respuestas apasionadas o perversas de un adulto. Por lo tanto en 1932, sólo confirmó lo que ya había anunciado en 1930: “estoy de nuevo tentado a atribuir, junto al complejo de Edipo, una mayor importancia a la tendencia incestuosa de los adultos, reprimida y que asume la máscara de la ternura”. (Ferenczi, 1930 [1929] / 2011, p. 64, cursivas del autor).

Superando las críticas, el esfuerzo de Ferenczi por demostrar las consecuencias de la negligencia imputada al factor traumático en la etiología de las neurosis mostró los peligros de la falta de cuidado en el análisis, es decir, “de recurrir a explicaciones apresuradas, invocando la predisposición y la constitución” (Ferenczi, 1933 [1932] / 2011, p. 111). En este sentido, Kupermann (2008) explica que el trauma en Ferenczi no se debe a la estructuración de la psique, sino “a un efecto devastador de una no adaptación del entorno (...) a los delicados procesos que intervienen en la constitución subjetiva del niño”. (p. 149).

Debemos recordar, también, que los esfuerzos ferenczianos en busca de la revalorización de la realidad factual no desconsideraba los desarrollos freudianos sobre la realidad psíquica y el complejo de Edipo; por el contrario, ellos eran esenciales para delinear las ramificaciones de estos elementos cruciales para la constitución del psiquismo infantil en condiciones desfavorables, es decir, cuando el niño se enfrenta a un adulto perverso. Él hizo hincapié en cómo las fantasías edípicas del niño podían allanar el camino para el adulto perverso o para facilitar su aproximación, porque el niño realmente quiere seducir -sentarse en su regazo, acariciar, besar- pero espera que todo ello retorne del mismo modo, en el lenguaje de la ternura; sin embargo, cuando la sexualidad genital adulta impone una excitación excesiva a su pequeño cuerpo, las fantasías inconscientes de seducción en relación con los adultos tienden a confundirse con la realidad, provocando la aparición de un fuerte sentimiento de culpa en el niño víctima de la violencia: su omnipotencia le hace creer que él fue capaz de provocar el deseo del adulto, por lo que merece sufrir las consecuencias de su propio deseo.

Así, si la sexualidad infantil típicamente pregenital normalmente experimentada en el nivel de la fantasía y de los juegos, recibe como respuesta la sexualidad genital del adulto, el proceso del desarrollo psicosexual tiende a paralizarse: “de este nefasto encuentro entre el deseo edípico y la invasión del deseo perverso del

adulto solo surgirá angustia (...). La función simbólica de Edipo, a saber, la del dominio psíquico, donde mediante la amenaza de la castración se vendría a castigar la trasgresión de la prohibición del incesto, queda cancelada” (Francia, 2010, p.167).

Se trata de una excitación excesiva e inesperada para el cuerpo y la psique del niño, no preparado para tales sensaciones. Esta es la “confusión de lenguas” que se menciona en el título del artículo: el encuentro de la ternura infantil (la sexualidad pre-genital y lúdica), con la pasión del adulto (la sexualidad genital), que puede ir desde la estimulación erótica precoz y excesiva del cuerpo infantil hasta una relación genital completa.

Para Ferenczi, otra consecuencia comúnmente observada entre sus pacientes adultos que reportaban abuso sexual en la infancia era una fijación hacia una actitud de pasividad extrema: “El niño que es abusado se convierte en un ser que obedece mecánicamente o que adopta una actitud testaruda, pero no puede explicar las razones de esta actitud” (Ferenczi, 1933 [1932] / 2011, p. 118). A partir de esta observación, el autor desarrolló la hipótesis metapsicológica de que una escisión de magnitud variable sería la responsable de preparar el terreno para la instalación de configuraciones psíquicas permeadas por la pasividad.

LA ESCISION EN LA OBRA FERENCZIANA

El término Spaltung (escisión) fue utilizado por muchos grandes nombres de la psiquiatría del siglo XIX con el fin de describir la división de la personalidad y de la conciencia en los estudios de la esquizofrenia, el automatismo mental, la doble personalidad y la hipnosis. En la obra de Freud, la noción ha pasado por algunos cambios después de que Breuer y Freud describieron la escisión de la conciencia (Bewusstseinsspaltung) en el trance hipnótico y en la situación histérica, contexto en el cual la escisión se configuraba como un término general que se refería a la ruptura de la unidad psíquica o de la personalidad. Más tarde, la palabra escisión designó a la división del aparato psíquico en sus diferentes registros (consciente, preconsciente e inconsciente) y, en 1923, en “El yo y el ello”, fue utilizada para describir un tipo de fragmentación o ruptura del ego propio de los trastornos de personalidad múltiple. Sin embargo, según la opinión de Kaufmann (1996), la transformación del término escisión en un concepto psicoanalítico específico solamente ocurrió en el año 1927, a partir del artículo “El fetichismo”, en el cual llegó a estar articulado específicamente al ego (Ichspaltung) y al acto de la renegación (Verleugnung). En ese momento de la teoría freudiana y más tarde, en 1938, la escisión del ego estaba relacionada con el rechazo de un fragmento de la realidad que puede ocurrir cuando ese fragmento se contrapone a la satisfacción pulsional, o cuando es excesiva y amenaza el ego en su integridad. De cualquier manera, el resultado de la escisión del ego consiste siempre en la formación de dos actitudes opuestas que conviven sin entrar en conflicto.

Freud y Ferenczi, aunque utilizan el mismo término se refieren a procesos diferentes en lo que refiere tanto al origen de la escisión como en cuanto a las modalidades psíquicas derivadas de los mismos. Para Ferenczi, la escisión psíquica es el resultado de un trauma y está directamente relacionado con el intento de encubrir la percepción de los acontecimientos traumáticos y la desorientación psicológica. En la obra de este autor, la noción se parece más a la descripción freudiana de la personalidad múltiple (1923b) que a la escisión del ego en dos corrientes opuestas, tal como fue definida en el año 1927 y 1938. Más allá de ser descrito como una forma privilegiada de lidiar con traumas graves, la escisión ferencziana es también el mecanismo responsable de instaurar un estado de pasividad psíquica, observado en los procesos analíticos como un tipo de marcada transferencia por el amor y la sumisión excesiva, que aparentemente es favorable al tratamiento, pero que resulta, paradójicamente, en la intensificación de la angustia.

En el texto “El problema del fin del análisis” (1928 [1927-1928] / 2011), Ferenczi se refiere a la escisión de la personalidad como un síntoma, aproximándolo a la cuestión de la identificación o del ego con que Freud trató en “El yo y el Ello” (1923b): “todos los casos de las llamadas “escisión de la personalidad” [se presentan] como síntomas de una falta de sinceridad parcialmente consciente que coacciona a las personas a mostrar alternadamente algunas partes de sus personalidades” (Ferenczi, 1928 [1927-1928] / 2011, p. 18).

En 1933, los términos “escisión de la personalidad” o “escisión psíquica” -utilizados indistintamente por Ferenczi- vuelven a aparecer en su obra, vinculados a una etiología bastante específica: el trauma infantil, especialmente el trauma sexual. Ferenczi enfatiza que el origen de la escisión de la personalidad es una situación insoportable y tremendamente aflictiva, capaz de desencadenar intensas crisis de angustia

acompañadas de pérdida de la conciencia

A lo largo del artículo de 1933, el autor sostiene que “Si el niño se recupera de tal agresión [la violencia sexual] empezará a sentir, a partir de ahí, una gran confusión, por así decirlo, estará dividido, sintiéndose al mismo tiempo inocente y culpable, y su creencia en el testimonio de sus propios sentidos se habrá lesionado” (p. 117, énfasis añadido). En otro ejemplo, el autor reitera que el factor que mantiene la escisión es la relación intrínseca con el impacto traumático:

(...) no hay choque, ni terror, sin una manifestación de escisión de la personalidad. La personalidad regresa a una beatitud pre-traumática, que intenta hacer el choque inexistente (...). Si los impactos siguen en el curso del desarrollo, el número y la variedad de los fragmentos escindidos aumenta, y rápidamente se vuelve difícil, sin caer en la confusión, el mantenerse en contacto con estos fragmentos, los cuales se comportan como personalidades distintas que no se conocen unas a otras. (p. 119)

Finalmente, en su artículo póstumo “Reflexiones sobre el Trauma” (1934 [1931-1932] / 2011), en el cual se compilan sus escritos sobre la temática del traumatismo psíquico, encontramos la idea de la escisión de la personalidad como una manera de hacer al trauma inexistente, una “falsificación optimista” que tendría por objeto permitir retornar al sujeto a la tranquilidad anterior. En ese sentido, la escisión, la cual puede tener una extensión variable y diferentes grados de profundidad, se encargará de no permitir el acceso a la conciencia de las partes intolerables de la experiencia traumática. Pero al final, ¿cuáles serían los destinos cuando los mecanismos de escisión predominan en el funcionamiento psíquico? Para Ferenczi, a la base de las más diversas patologías que pueden surgir de la escisión se destacan la identificación con el agresor y la precocidad o progresión traumática.

IDENTIFICACIÓN CON EL AGRESOR Y PROGRESIÓN TRAUMÁTICA

Según Laplanche y Pontalis (1975), la primera referencia a la noción de identificación con el agresor fue hecha por Anna Freud, en su libro “Los mecanismos de defensa del yo” (1936/1996); sin embargo, la historia nos muestra que, cuatro años antes de esta publicación, Ferenczi ya intentaba comprender ciertas manifestaciones transferenciales de extrema sumisión y formulaba el concepto de identificación con el agresor. Dicho curso se justificaba por los problemas clínicos con los cuales se enfrentaba, especialmente los que se referían a la repetición del trauma en las sesiones de análisis, los cuales mostraban cómo, a través de la identificación inconsciente y de una regresión psíquica, el analista era puesto en el lugar del agente original del trauma, ocupando una posición de autoridad. Esta situación demostraba cómo estos pacientes abusados se habían convertido en rehenes de la repetición traumática de escenas de abuso sexual que impregnaba de pasividad sus psiquismos.

Después de varios intentos de manejo técnico de este contexto transferencial, Ferenczi volvió a cuestionar sus declaraciones. A partir de este impasse clínico, el autor señala que su primera hipótesis fue que las repeticiones incesantes eran reflejos de las resistencias subyacentes a una severa represión, que sólo podía ser deshecha por etapas, permitiendo que el paciente pasara varias veces por la misma situación de peligro extremo, sin embargo, dirigiendo su atención a algunas actitudes específicas de estos pacientes, se apreciaba que ellos, a pesar de ser muy obedientes y que demostraban aceptar sus interpretaciones, continuaban sorprendiéndolo con arranques de ira, en los cuales lo acusaban de ser insensible y cruel. Extrañado de tales reacciones, ya que su técnica lo llevaba a ser mucho más acogedor con sus pacientes y a valorizar en gran medida los afectos transferenciales, Ferenczi llegó a la conclusión de que ellas encarnaban una experiencia original de violencia que provenía de un objeto agresor internalizado, que continuaba atacando, ahora, desde el interior de la psique.

En la descripción de Ferenczi, la identificación con el agresor se produce cuando el miedo del niño ante la autoridad y el poder del adulto llegan al punto de causar una pérdida de la conciencia que paraliza las reacciones normales de repulsión o de resistencia al agresor e imposibilita el desarrollo de cualquier tipo de defensa contra el displacer. En estos casos, la solución encontrada por el psiquismo es construir un agresor intrapsíquico:

Los niños se sienten física y moralmente indefensos, su personalidad es todavía demasiado frágil para poder protestar, ni siquiera en pensamiento, contra la fuerza y la autoridad abrumadora de los adultos que

los silencian, pudiendo incluso hacerles perder la conciencia. *Pero este miedo, cuando llega a su punto culminante, les obliga a someterse automáticamente a la voluntad del agresor, y a adivinar el menor de sus deseos, a obedecer olvidándose de sí mismos, y a identificarse plenamente con el agresor.* (p. 117, cursivas en el original).

Al hacer que el agresor deje de ser un otro, externo, este queda sometido al proceso primario, de acuerdo a las reglas del principio del placer. Este proceso resulta, sin duda alguna, en la minimización de la amenaza externa, pero genera una fragmentación del propio yo. Así, la identificación con el agresor aparece para instalar dos figuras en la psique, representantes de la escena de la agresión: un niño abusado y maltratado, que representa el yo fragilizado, y un agresor, actuando de manera similar a un superyó sádico. Los resultados que surgen de la interacción entre estas dos figuras psíquicas pueden originar diferentes situaciones.

Cuando no es posible que las percepciones y las sensaciones de la experiencia traumática entren en la dinámica de la represión y de la neurosis -debido a la radicalidad de las circunstancias o a la propia fragilidad infantil- el psiquismo puede ser obligado a defenderse de la excitación masiva a través de los mecanismos de repudio y fragmentación, solución que allana el camino para el establecimiento de la identificación con el agresor. Al intentar mantener la experiencia traumática aislada en el psiquismo, sin asimilación por el resto de los contenidos psíquicos, se puede controlar la angustia, pero de esta actitud se deriva un cierre (de extensión variable) entre el yo y la realidad que puede encontrar su expresión no sólo en la exigencia de sumisión sin límites en sí mismo, sino también en las perversiones, mediante la repetición estereotipada, en acto, de los abusos sufridos. Esta estrategia de la psique -en la cual el ego está obligado a seguir las órdenes del atacante para tratar de librarse de su tiranía y de la implacable persecución- representa el camino de la repetición compulsiva del trauma y está vinculada a una disminución general de la actividad psíquica, aspecto que a menudo se encuentra en el cuidado de estos niños a través del empobrecimiento del juego, de los procesos creativos, de las fantasías, y por la inhibición de la capacidad de pensar.

Si, por un lado, la psique no puede soportar la parte que representa al agresor, este fragmento será proyectado hacia el mundo exterior, en un movimiento que propicia o facilita encuentros en el cual el objeto se “encarna” en esa proyección, siendo impelido a actuar como un sádico. Así, de nuevo frente al agresor, solo le queda al individuo la sumisión y la obediencia: una reedición de la escena traumática en la que, originalmente, se vio obligado a blindarse para asegurar su supervivencia. En esta disposición de la identificación con el agresor, entendemos que el ego, incluso maltratado y sometido, es conservado en alguna medida -algo que facilita la intervención clínica (Mendes, 2011)

Otra configuración posible de la identificación con el agresor se da cuando la parte violentada y frágil resulta insoportable y, entonces se proyecta hacia el exterior. El resultado es que esa persona intentará destruir aquello que proyecta en el mundo externo, actuando él mismo, como una persona abusadora, imitando el comportamiento de quien lo atacó, generalmente con alguien que considera semejante a sí mismo cuando era sometido a la agresión. Para este “nuevo abusador” los niños más pequeños son blancos obvios por su fragilidad y por la facilidad con la que se colocan en una posición de obediencia. En este arreglo, el sadismo y la agresión orientada hacia el medio externo son bastante evidentes, aunque también se puede apreciar el aspecto complementario de lo masoquista, ya que el individuo pasa a agredir a nada más que a la proyección de su propio ego infantil maltratado. En esta disposición, la proyección de su propio ego provoca graves daños a la persona, especialmente en lo que se refiere a una pérdida de contacto con su mundo interno y con la realidad circundante (Mendes, 2011). En este sentido, estamos de acuerdo con Uchitel (2001) cuando afirma que el niño identificado con el agresor “es víctima por partida triple: por no tener más que el objeto idealizado que pierde, por ser objeto de la agresión, y por convertirse él mismo en agresor” (p. 124a).

Además de la identificación con el agresor, Ferenczi describió el curioso fenómeno de la progresión traumática o precocidad, algo que también considera como un posible resultado de la escisión post-traumática. Según el autor, cuando un grave abandono o una gran aflicción, acompañadas de angustia de muerte, se abaten sobre el niño, se produce un despertar de capacidades que sólo se deben manifestar en la edad adulta: “un niño que ha sufrido un asalto sexual puede de repente, bajo la presión de la urgencia traumática expresar todas las emociones de un adulto maduro, las facultades potenciales para el matrimonio, la paternidad y la maternidad” (Ferenczi, 1933 [1932] / 2011, p. 119). Esta repentina eclosión de nuevas

facultades en respuesta a un shock traumático se produce no sólo en el plano emocional, sino también en el intelectual: después de todo, para que el niño pueda protegerse “del peligro que representan los adultos sin control, él debe, en primer lugar, ser capaz de identificarse con ellos “(Ferenczi, 1933 [1932] / 2011, p. 120). Esto significa que en un marco opuesto al de la regresión traumática, el niño que sufre de abuso sexual puede activar muy precozmente, y de forma estereotipadas, las emociones y las habilidades de una persona adulta -al igual que “esos frutos que llegan a estar más rápidamente maduros y sabrosos, cuando el pico de un pájaro los lastima “(Ferenczi, 1933 [1932] / 2011, p 119.)- palabras que pueden yuxtaponerse a las de Kupermann (2008), cuando al hacer reflexiones clínicas, deduce que la precocidad es la responsable de la destrucción de la sensibilidad y de la incorporación de un saber ajeno a la producción de sentido por parte del sujeto, el que se puede reconocer en la pobreza erótica y en el debilitamiento de la capacidad de fantasía e imaginación presente en muchos de los que acuden hoy a la clínica, para quienes el peso de lo real es abrumador. (Kupermann, 2008, p. 154- 155)

También en este contexto de dolor y soledad, la solución encontrada por el niño será transformar un agresor intrapsíquico, su temor a la autoridad de los adultos continuará provocando la paralización de las reacciones normales de rechazo o resistencia a la agresión, imposibilitando la utilización de cualquier tipo de defensa contra el displacer. Culpable por haber un día deseado, está destinado a interiorizar el sentimiento de culpa de un abusador adulto que muestra negación y remordimiento. Dado que este niño tiene todas las razones para no confiar en los adultos y para resistir una alianza terapéutica, ¿cómo se colocará delante del analista? Vamos aquello que Ferenczi, con su vasta experiencia clínica tiene para enseñar acerca de este impasse analítico.

MANEJO TÉCNICO CON PACIENTES VÍCTIMAS DE VIOLENCIA SEXUAL

Al usar la técnica psicoanalítica para el tratamiento de los casos de pacientes que habían sido sexualmente abusado en su infancia, Ferenczi pronto se dio cuenta de que detrás de la docilidad y la transferencia positiva había un estado de extrema pasividad que los obligaba a permanecer sumisos frente a su autoridad y al dolor que en ellos causaba el tratamiento. A partir de esta observación paradójica, concluyó que estaba tratando con mentes que trabajan predominantemente a través del mecanismo de fragmentación y, a pesar de la transferencia positiva y de los esfuerzos durante el tratamiento, estos pacientes perciben que cada sesión los conduce a intensos sufrimientos y, debido a eso, también sentían odio hacia el analista.

Con el fin de romper el ciclo de sumisión que observaba en estos pacientes, Ferenczi apostó al establecimiento de una relación de confianza en el encuadre como un componente fundamental. Postulaba que sólo una profunda autenticidad y apertura del analista a la escucha de las críticas y el reconocimiento de sus errores podrían conquistar la confianza del paciente, considerándola como el elemento que “(...) *establece el contraste entre el presente y el pasado traumatogénico insoportable. Este contraste era esencial para que el pasado fue revivido, no como una reproducción alucinatoria sino como un recuerdo objetivo*”. (Ferenczi, 1933 [1932] / 2011, p. 114- 115, cursivas añadidas)

Ferenczi temía que la falta de sensibilidad del analista, camuflada bajo la apariencia de neutralidad, pudiese empujar al analizando en la dirección del trauma en la transferencia, por lo tanto, frente a la frialdad del analista, la única salida sería la reviviscencia del momento traumático - en la cual el niño, al no tener a quien recurrir, tuvo que fragmentar su psiquismo para soportar el miedo- que a su vez se manifiesta entonces como una fuerte crisis de angustia o disociación: “No es sorprendente pues que el paciente no puede hacer otra cosa sino repetir exactamente, como cuando se instaló la enfermedad, la formación de síntomas desencadenados por la conmoción psíquica.” (Ferenczi, 1933 [1932] / 2011, p.115).

Si esperamos que la reviviscencia del momento traumático lleve a una abreacción de una gran cantidad de afectos inconscientes, que ayude a curar los síntomas, en la experiencia de Ferenczi con los pacientes traumatizados ese proceso no conducía a un resultado satisfactorio, y sí, sólo una repetición de la escena traumática. Este descubrimiento lo estimuló a intentar implementar un cambio tanto en su postura como analista como con su propia conducción del tratamiento. Con el objetivo de llevar a sus pacientes a confiar nuevamente en un adulto, Ferenczi comenzó a desarrollar una actitud empática, que aspiraba a disminuir las posibilidades de una retraumatización durante el análisis. En realidad, al afirmar que el paciente severamente

traumatizado, en los momentos de crisis, es “como un niño que no es más sensible a los razonamientos, sino, a lo sumo, a la benevolencia (*Freundlichkeit*) materna” (Ferenczi, 1933 [1932]/2011, p. 115), Ferenczi hizo hincapié en la necesidad de que el analista mantuviese un contacto emocional genuino con el paciente regresivo. Su conclusión fue que, con este parámetro técnico, los momentos de mayor descontrol serían atenuados e incluso si seguían ocurriendo, no implicarían más en los pacientes un desequilibrio psíquico tan perjudicial como antaño.

UNA LECTURA PROVECHOSA

Por nuestra parte, después de reunir estas contribuciones de Ferenczi para la temática del abuso sexual infantil, llegamos a la conclusión de que sus teorías tienen una importancia innegable para los profesionales de la salud que trabajan en este campo. Figueiredo (2003) resalta como el principal mérito de Ferenczi el hecho de nunca haber renegado de lo infantil y la dimensión de la pasividad radical y original del ser humano. Al reconsiderar la problemática de lo traumático y de las fragmentaciones, Ferenczi hizo hincapié en la dimensión social de las experiencias traumáticas a través de la noción de la desmentida -una de las más originales de sus elaboraciones- en el sentido de que “lo traumático no sólo reside en el abuso y la violencia cometida contra los niños, sino también en el rechazo (por incapacidad o por mala fe) por parte del mundo de los adultos para reconocer y acoger el episodio” (Figueiredo, 2003, p. 20).

No obstante, debemos hacer una advertencia sobre este niño ferencziano aparentemente frágil, desprovisto de recursos de defensa y fácilmente vulnerable a los acontecimientos externos. En nuestra clínica del Proyecto CAVAS/UFMG, acompañamos casos en que la violencia sexual, a pesar de parecer muy graves, no afectan psicológicamente al niño, que ya ha construido barreras para hacer frente a los impactos del medio ambiente, a través de experiencias estructurantes anteriores, en un contexto que le permita continuar con su desarrollo. En otras situaciones, nos encontramos con que un avance sexual sutil empuja al paciente a un estado de desorganización tan grave que ni siquiera años de análisis parecían capaces de mitigar. Es un hecho que, generalmente, se encuentran en las historias clínicas de estos niños la presencia de una fragilidad extrema y de grandes dificultades para hacer frente a las frustraciones desde los primeros años de su vida, lo que a menudo coincide con una dificultad para establecer un vínculo emocional con la pareja parental que pueda satisfacer, mínimamente, sus necesidades narcisistas.

Por lo tanto, entendemos que la violencia sexual en Ferenczi no es, por sí misma, traumática. Como lo explica Kupermann (2009), el trauma ferencziano se origina por la falta de acogida que puede ayudar al niño a dar sentido a la experiencia. La noción de la desmentida parece describir la negación de la realidad del evento traumático no de parte del niño (como en la represión freudiana o la negación), sino más bien de parte de los adultos que lo rodean. En este razonamiento, cuando el niño intenta relatar su experiencia, y es desacreditado, éste es llevado a negar sus propias sensaciones corporales y desvalorizar lo ocurrido, originando que el registro psíquico de la violencia psicológica sufrida quede dissociado de la totalidad de su ego. Es la falta de un testimonio y de una presencia sensible que sería inherente a ello, lo que convierte este accidente en algo inenarrable y traumático. Por otro lado, la acogida del niño y de su lenguaje admite la polisemia de la palabra y la creación de sentidos inéditos para la experiencia de vivir, constatando que nos lleva a considerar necesaria la advertencia hecha por Kupermann (2008) sobre que

En la era de abandono y insensibilidad en que vivimos, persistir en la lectura estructural del trauma, referidas al sometimiento del psiquismo a las fuerzas siempre excesivas de la pulsión, en desmedro del papel del medio ambiente e incluso del contexto sociocultural en el cual la cuestión del trauma es problematizada, es correr el riesgo de convertir al psicoanálisis en algo completamente obsoleto (p. 158).

BIBLIOGRAFIA

- Balint, M. (1967). As experiências técnicas de Sándor Ferenczi: perspectivas para uma evolução futura. In: Ferenczi, S. *Obras Completas: Psicanálise IV* (pp. XVII-XXV). São Paulo: Martins Fontes, 1992.
- Bokanowski, T. (2000). Sándor Ferenczi. (Coleção Psicanálise de Hoje). São Paulo: Via Lettera. Cromberg, R. U. (2004). *Cena Incestuosa: abuso e violência sexual*. São Paulo: Casa do Psicólogo.
- Ferenczi, S. (2011). *Confusão de Língua entre os Adultos e a Criança (A linguagem da ternura e da paixão)*.

- In Obras Completas: Psicanálise IV. São Paulo: Martins Fontes. (Original publicado em 1933[1932]).
- Ferenczi, S. (2011). O problema do fim da análise. In Obras Completas: Psicanálise IV. São Paulo: Martins Fontes. (Original publicado em 1928[1927]).
- Ferenczi, S. (2011). Princípio de relaxamento e neocatarse. In Obras Completas: Psicanálise IV. São Paulo: Martins Fontes. (Original publicado em 1930[1929]).
- Ferenczi, S. (2011). Reflexões sobre o trauma. In Obras Completas: Psicanálise IV. São Paulo: Martins Fontes. (Original publicado em 1934[1931-1932]).
- Figueiredo, L. C. (2003). Psicanálise: Elementos para a clínica contemporânea. São Paulo: Escuta.
- França C. P. (2010). Os desígnios do Édipo consumado. In C. P. França (org.), Perversão: as engrenagens da violência sexual infantojuvenil. Rio de Janeiro: Imago.
- Fuks, L. B. (2006). Consequências do abuso sexual infantil. *Percurso*, São Paulo, 36, 41-52.
- Kahtuni, H. C. & Sanches, G. P. (2009). Dicionário sobre o pensamento de Sándor Ferenczi: uma contribuição à clínica psicanalítica contemporânea. Rio de Janeiro: Campus.
- Kaufmann, P. (Org.) (1996). Dicionário enciclopédico de psicanálise: o legado de Freud e Lacan. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor.
- Kupermann, D. (2008). Presença sensível: cuidado e criação na clínica psicanalítica. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Kupermann, D. (2009). Introjeção, corpo erógeno e simbolização. *Memória da psicanálise: Ferenczi, a ética do cuidado*, São Paulo: Duetto, 3, 31-35.
- Laplanche, J. & Pontalis, J-B. (1975). Vocabulário da psicanálise. 2ª ed. Santos: Martins Fontes.
- Mendes, A. P. (2011). A identificação com o agressor: interfaces conceituais e suas implicações para o estudo da violência sexual infantil. Dissertação de Mestrado, Departamento de Psicologia da Faculdade de Filosofia e Ciências Humanas da Universidade Federal de Minas Gerais, Belo Horizonte.
- Pinheiro, T. (1995). Ferenczi: do grito à palavra. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor/ Editora UFRJ.
- Uchitel, M. (2001). Neurose traumática. São Paulo: Casa do Psicólogo.

Endereço para correspondência

Anna Paula Njaime Mendes

Av. Augusto de Lima, 444/apto 506 - Centro CEP 30190-001, Belo Horizonte-MG, Brasil E-mail: annanjm@gmail.com

Departamento de Psicologia - Universidade Estadual de Maringá Av. Colombo, 5790
87020-900 Maringá PR Brasil Tel./Fax: +55 44 3011-4502

http://www.scielo.br/scielo.php?pid=S1413-73722012000100014&script=sci_arttext

Recebido em 30/10/2011 - Aceito em 01/05/2012

Instituto de Desarrollo Psicológico. INDEPSI. LTDA.

ALSF-CHILE